

Empleo y paro en la crisis económica: análisis sectorial y categorial

Por José J. ROMERO RODRIGUEZ *
e Ildefonso CAMACHO LARAÑA **

Se analiza en este estudio la situación de paro y sus consecuencias en tres niveles: Europa, España y Andalucía.

INTRODUCCION

Desde nuestro modesto observatorio cordobés y andaluz, simple torre de vigía árabe más que observatorio, el tema del paro adquiere dimensiones muy distintas según dirijamos el catalejo a nuestro alrededor o intentemos, con la ayuda del telescopio, asomarnos a nuestros grandes vecinos europeos. Por ello, estamos seguros que los amigos que escucháis pacientemente no nos reprocharéis que dividamos esta panorámica en tres secciones con desigual enfoque, con diferente nitidez. Vamos a recorrer nuestro tema: «Empleo y paro en la crisis económica: análisis sectorial y categorial» en tres etapas, según tres ámbitos geográficos de amplitud decreciente y, consecuentemente, ganando en precisión de detalles conforme nos acercamos a nuestro horizonte más próximo del que no podemos ni queremos prescindir. Europa, España, Andalucía constituirán otras tantas etapas de un pequeño viaje, como si de la constelación descendiéramos a un sistema planetario y de éste a un pequeño satélite, no por diminuto menos digno de contemplación. Desgraciadamente, esta contemplación no incita, ni mucho menos, al éxtasis, y confesamos que hay momentos como el actual en que el investigador en ciencias sociales tiene la tentación de preguntarse si no hubiera hecho mejor en dedicarse, de verdad, a la astronomía...

* * *

Trataremos el tema en dos apartados: El primero (I. LOS DATOS DEL PROBLEMA) pretende describir los rasgos principales de la problemática de empleo y paro en los tres ámbitos considerados. El segundo

* Profesor de Estructura Económica en la E.T.E.A. de Córdoba.

** Profesor de Ética Económica en la E.T.E.A. de Córdoba y en la Facultad de Teología de Granada.

(II. OPINIONES Y ACTITUDES ANTE EL PARO) recoge los resultados de recientes sondeos de opinión sobre el problema del paro en Europa, España y Andalucía. De esa forma completamos la información «objetiva» con algunos elementos valorativos o «subjetivos» en torno a estos temas.

I. LOS DATOS DEL PROBLEMA

Ante todo es preciso hacer una salvedad sobre la comparabilidad de los datos de población activa empleo y paro entre distintos países. Como es sabido, los datos habituales de población activa y paro se basan en encuestas periódicas por sondeo. Si bien «los países de Europa Occidental han hecho y hacen un gran esfuerzo por tratar de armonizar sus estadísticas sobre la mano de obra, tanto en el marco de la OCDE como en el de la CEE, subsisten divergencias relativas a la interpretación de algunos elementos de las definiciones y al tratamiento estadístico de ciertas categorías de trabajadores. Además, algunos países han introducido algunos cambios para captar mejor algunos aspectos del desempleo y del empleo. Esos cambios no modifican la esencia de las definiciones, pero alteran su comparabilidad (1).

Para el caso español, digamos simplemente que hay un criterio restrictivo que puede sesgar a la baja las cifras de población activa de la E.P.A. (Encuesta de Población Activa) y es que no se consideran los trabajadores familiares sin remuneración entre la población activa, a no ser que hayan trabajado treinta días y noventa horas, por lo menos, durante el trimestre anterior al sondeo. Esas condiciones restrictivas contrastan, es especial, con las aplicadas en Italia, donde con independencia de las horas que haya trabajado de hecho una persona se la clasifica entre los trabajadores familiares sin remuneración, basándose simplemente en su declaración.

Sin embargo, en opinión de los expertos «los criterios que adopta para el cómputo de la mano de obra la E.P.A. española corresponden a las normas internacionales, con la única diferencia importante en el caso de los trabajadores familiares» (2).

Esta insuficiencia estadística se agrava sobremanera si entramos en el famoso tema del trabajo negro, *il lavoro nero* de nuestros amigos italianos. En palabras de Giorgio Fua, uno de los especialistas del tema, «en algunos países de tardío desarrollo, mientras los niveles oficiales en lo referente a salarios, costes de la Seguridad Social, legislación laboral,

(1) Sobre todo este tema, cfr. DENTI, E., «Las encuestas por sondeo sobre la mano de obra en los países de Europa Occidental, con referencia especial a la encuesta que se realiza en España», en *Seminario franco-español sobre problemas actuales de la economía del empleo* (Madrid, noviembre, 1978), edita el Ministerio de Economía, Madrid, 1979, pp. 241-250.

(2) Por otra parte, debido a la elevación a dieciséis años de la edad mínima de entrada en la vida activa, formulada en el *Estatuto de los Trabajadores para España*, se ha producido el lógico cambio en el conjunto de la población activa en los componentes afectados de la E.P.A. del I.N.E. No obstante, también se han hecho públicos los datos que permiten la homogeneización de las cifras anteriores al segundo semestre de 1980.

etcétera, son demasiado altos en comparación con la capacidad del sector pre-moderno, un mercado paralelo («negro») de trabajo, en el que se infringen tales normas, es tolerado tácitamente...» (2 bis). Sobre todo en las regiones con cifras de paro abrumadoras, es indiscutible que existe un sinnúmero de actividades no declaradas, sin cuya presencia no sería concebible la supervivencia de cientos de miles de familias. Aunque hasta la fecha carecemos de estudios precisos, conocemos situaciones de enorme incidencia de estas actividades subterráneas en muchos pueblos de nuestra geografía andaluza.

Consecuencia inevitable de ello es la escasa significación económica de las estadísticas oficiales relativas al empleo y el paro en estas regiones o países.

Hechas estas salvedades importantes, en cualquier caso hemos de trabajar con los datos disponibles.

I.1. CEE ALGO MÁS QUE UNA CRISIS COYUNTURAL

Según los datos más recientes que hemos podido manejar (3), la Comunidad Económica Europea (sin Grecia) alcanzó en enero de 1981 un total de 8,4 millones de parados. Las últimas estadísticas oficiales demuestran que, después de una estabilización del paro durante los años 1978 y 1979, en torno a los seis millones de personas sin empleo, el año 1980 ha conocido un aumento de 1,8 millones de parados. Los 8,4 millones de personas sin empleo en la CEE constituyen el 7,7 por 100 de su población activa.

Por categorías el paro afecta al 7,2 por 100 de los hombres y al 8,6 por 100 de las mujeres. Asimismo en enero de 1981 el número de parados de menos de veinticinco años constituía el 38,2 por 100 del total.

Por países, el panorama es el siguiente:

<i>Países</i>	<i>Núm. de parados en enero de 1981</i>	<i>Incremento s/ enero de 1980</i>
Gran Bretaña	2.400.000	+ 64,5 %
Dinamarca	247.300	+ 62,0 %
Holanda	342.000	+ 48,0 %
Irlanda	125.000	+ 35,8 %
Luxemburgo	1.610	+ 27,8 %
Alemania Federal	1.308.600	+ 26,3 %
Bélgica	429.500	+ 18,7 %
Francia	1.680.000	+ 13,1 %
Italia	1.880.000	+ 3,9 %
TOTAL	8.414.410	

2 bis) FUA, Giorgio, *Problems of Lagged Development in OECD Europe: A Study of Six Countries*, OCDE, 1980 s/d. (Mimeo), p. 26.

(3) Cfr. Ya, 24-II-1981.

Conviene tener en cuenta, sobre todo a la hora de hacer comparaciones con la situación española, las *altas tasas de actividad de buena parte de los países europeos*. La población activa comunitaria representa alrededor del 42 por 100 de la población total, destacando las altas tasas de Dinamarca (51 por 100), Reino Unido (47 por 100) y la República Federal Alemana (44 por 100). Incluso los países que ocupan los últimos lugares muestran tasas superiores a la española: Italia (39 por 100), Holanda (38 por 100) e Irlanda (37 por 100) (4).

A pesar de la desaceleración de las tasas de crecimiento demográfico de los Nueve, la *explosión de nacimientos de los años 50 y 60* ha hecho variar al alza las demandas de empleos. También parece sentirse el efecto de los años de débil natalidad del período de entreguerras en el *escaso ritmo de abandonos de la vida activa por jubilación*. Ambos fenómenos unidos son difícilmente encajables por un sistema económico en que *la oferta de puestos de trabajo muestra un carácter claramente recesivo*.

A nivel categorial *los jóvenes* se ven especialmente afectados por el paro:

CUADRO 1. *Porcentaje de parados de menos de veinticinco años sobre el total de parados (5).*

<i>Países</i>	<i>Otoño 1974</i>	<i>Otoño 1977</i>	<i>Otoño 1979</i>
Bélgica	37,8	41,9	41,1
Dinamarca	30,9 ¹
R. F. de Alemania	28,4	29,4	26,1
Francia	46,9	46,3	46,3
Irlanda	22,5 ²
Italia	47,3
Luxemburgo	58,4	58,6
Holanda	42,9	44,8	47,1
Reino Unido	31,0 ¹	45,7 ¹	38,2
EUR — 9	.	.	41,5

¹ Julio; ² enero, 1980. · Fuente: OSCE.

Se puede estimar, pues, en más de tres millones de parados de menos de veinticinco años en la CEE.

Asimismo en la CEE *el paro femenino* no cesa de aumentar, al crecer ininterrumpidamente el número de mujeres en la búsqueda de empleo.

(4) Cfr. BANCO DE BILBAO, «CEE: Empleo y relaciones laborales», en *Situación*, mayo-junio, 1980.

(5) Tomado de «Les préoccupations sociales de la Communauté Européenne». *Documentation européenne* s/d. (Miméo), p. 24.

Por ello, las tasas de paro femenino sobre población activa suelen superar a las masculinas, siendo naturalmente las mujeres jóvenes las más afectadas. En 1978, según los datos de que disponemos (6) las mujeres representaban el 57,45 por 100 de los parados en Francia, el 50,75 por 100 en Alemania Federal y el 37,44 por 100 en el Reino Unido.

A nivel comunitario, *el perfil del empleo por sectores y edades* muestra algunos rasgos sobresalientes (7).

— En lo que respecta a los agricultores independientes las personas de más edad están sobre-representadas al contrario que los jóvenes. Hay el doble de independientes en la agricultura en el intervalo de sesenta y cuatro años que en el conjunto de la población de este sector y dos veces menos en la clase de treinta-treinta y cuatro años.

— En la industria manufacturera, hasta los veinticinco años, los obreros son muy abundantes, al contrario de lo que ocurre con los empleados del mismo sector; a partir de los sesenta y cinco años disminuye mucho la representación de los obreros del sector.

— El perfil de los obreros de la industria extractiva y química se diferencia del de la manufacturera por la ausencia de sobre-representación de jóvenes y mayor descenso aún en los mayores de sesenta y cinco años.

— Por último, si consideramos los asalariados del comercio y del Crédito y Seguros, podemos constatar una gran representación de los jóvenes y una baja presencia de las clases de edad media (cuarenta y sesenta años).

A nivel sectorial las tendencias observadas y previstas según algunos estudios encargados por la Dirección General del Empleo de la CEE (8) pueden resumirse en las siguientes constataciones y previsiones. Las principales son éstas:

a) La agricultura y minería son los dos sectores que muestran un descenso más continuado en el empleo (3,8 por 100 y 4,4 por 100 anual respectivamente). La tasa de descenso de la agricultura, sin embargo, es inferior que la de la minería.

(6) MADDISON, Angus, *Pour un meilleur suivi statistique du marché du travail*. Travail financé par la Commission des C.E.E. (Direction générale des Affaires Sociales), *Estudio*, núm. 78/17 (Doc. V/144/80).

(7) ZIGHERA, Jacques A.; GUILLOUX, Annick; BOUSCARLE, Nicolas, *Analyse des résultats des enquêtes par sondage sur les forces de travail. Structure par classes d'ages de l'emploi masculin et de l'emploi féminin par branches et statuts (Données 1977)*. Etude financée par la Commission des Communautés Européennes, Direction Générale de l'Emploi et des Affaires Sociales. *Estudio*, núm. 78/26, junio, 1979 (révisé mayo 1980).

(8) JENKINS, G. and PARTNERS LIMITED, «Sectorial employment in the European Community. Trends and Forecasts (Italy)», *Estudio*, núm. 78/15. For the Commission of the European Communities. Directorate General for Employment and Social Affairs.

b) El sector manufacturero tiene una tasa de crecimiento del 0,4 por 100 anual.

c) El más fuerte crecimiento se encuentra en el sector de banca y seguros, con un 3,7 por 100 anual, seguido por los servicios públicos, el comercio y transporte y comunicaciones.

d) El empleo en la construcción no crece en el período de análisis.

e) Los sectores crecen o decrecen en todos los países al mismo tiempo (con sólo dos excepciones en sectores británicos).

f) Las tasas francesas de crecimiento de los distintos sectores son notablemente estables, existiendo considerable semejanza en las tasas de varios sectores situados en el rango del 1,3 por 100 al 1,9 por 100 anual.

Terminemos hablando de perspectivas, citando algunas reflexiones del Informe *Interfuturos* (9):

En primer lugar, hay que tener en cuenta que «el aumento de la tasa de desempleo en los últimos años no es solamente un fenómeno cíclico debido a la recesión de 1973-1975 y al débil crecimiento que la ha seguido, sino que es también consecuencia de una tendencia a largo plazo».

El crecimiento de la población activa y su aceleración en ciertos países eleva las tasas de paro, pero, este factor que puede agravar los problemas de empleo, por lo menos en la próxima década, se conjuga con otras tres características del mercado de trabajo en los países desarrollados.

Estas características que subsistirán en los próximos quince años son:

— Una evolución de la estructura de la oferta que tiende a crear ciertas formas de paro, al cambiar la composición de los empleos ofrecidos.

— Las nuevas características de los solicitantes de empleo: generaciones más instruidas, cambio en los valores que reducen la importancia de los niveles de renta, descenso de la movilidad geográfica.

— Las rigideces ocasionadas por las políticas gubernamentales. En concreto, los costes de la mano de obra se hacen cada vez más rígidos, Seguridad Social, sistemas fiscales, etc.

I.2. ESPAÑA. SE INTERRUMPIÓ EL MILAGRO

Podemos decir, citando al Equipo de Coyuntura Económica que:

«La grave situación del empleo en España debe ser contemplada en dos planos diferentes. De una parte la población en paro, estimada en base a las encuestas de los des-

(9) O.C.D.E., *Interfuturos. De cara al futuro*, edic. Española del Instituto Nacional de Prospectiva, Madrid, 1980. Cfr. pp. 204 y sgs.

empleados. Las cifras disponibles a este respecto que se han homogeneizado para el período 1976-80 con objeto de hacerlas comparables, muestran un crecimiento espectacular, pasando de los 280.000 parados en 1973 a los 1.494.000 en 1980. Las dificultades del empleo, sin embargo, no se expresan tan sólo por esa cifra. Es preciso añadir como dato complementario la caída de la población activa, de esta forma puede estimarse la gravedad de la situación del empleo teniendo en cuenta los dos hechos que la describen: las crecientes tasas de desempleo y el crecimiento de la población activa, dos fuerzas coincidentes en el empeoramiento de la situación desde los comienzos de la crisis económica» (10).

El crecimiento económico de nuestro país, el llamado «milagro español» de los años 60 fue posible, como es bien conocido, merced a una serie de factores entre los cuales destaca la presencia de un mercado de trabajo prácticamente ilimitado para la población laboral excedentaria en la emigración a Europa. Este fenómeno ha concluido y España se encuentra sumida en la crisis en una coyuntura en que el «reflujo» de sus emigrantes, cada vez más «incómodos» para los países europeos no hace más que agravar el problema del excedente de fuerza de trabajo.

Un fenómeno clave para comprender los datos del empleo y el paro en España es la escasa incorporación de la mujer a la actividad. Precisamente en los años en que la tasa de actividad femenina crecía de manera sensible, la crisis introduce un horizonte de escasas perspectivas de empleo y cambia el signo de la curva.

Analizando las tasas de actividad por edades, los fenómenos más sobresalientes son la tendencia decreciente de las masculinas en todas las categorías a excepción de los veinticinco-treinta y cuatro años y los cuarenta-cuarenta y cuatro años.

La debilidad de nuestras tasas de actividad (aun teniendo en cuenta las salvedades metodológicas ya aludidas) sobre todo en comparación con la CEE, permite afirmar que «si nuestra tasa de actividad fuera igual a la media de la CEE y los empleos permaneciesen en lo que actualmente están nuestra tasa de paro podría alcanzar el 17 por 100» (11).

Como es sabido el paro afecta muy desigualmente a las diferentes edades.

Es por tanto lógico que, a nivel nacional, la participación sectorial en el total de parados de los que buscan el primer empleo (fundamentalmente jóvenes) ascienda a más del 35 por 100 de total. En Andalucía, su escasa tasa de actividad (debida esencialmente a las escasas perspectivas de

(10) FUENTES, QUINTANA, E. y otros, «¿Dónde está y hacia dónde va la economía española? Recuento de posibilidades y repaso de problemas». En *Papeles de Economía Española*, núm. 6, 1981, p. 85.

(11) Cfr. *Coyuntura Económica*, edita CECA, junio, 1980, p. 28.

encontrar un empleo) hacen que esa categoría de personas sea mucho menor.

De entre los múltiples aspectos descriptivos que podrían señalarse en el tema del paro en España, desearíamos detenernos solamente en su distribución regional. En efecto, la desigual afectación del paro entre las distintas provincias y regiones es una característica destacable del caso español.

En las diferencias interprovinciales e inter-regionales juegan un papel importante ante todo las tasas de actividad muy diferentes. El análisis estático indica cómo las regiones más subdesarrolladas y con más alta tasa de paro tienen las menores tasas de ocupación. Pero sobre todo intervienen las diferentes estructuras productivas. Las regiones que tienen una estructura productiva más compensada (Cantabria, Baleares) se han visto menos afectadas por la crisis frente a las sesgadas en uno u otro sentido, sean agrarias o industriales, que arrojan índices de paro superiores al nacional. Así ha sucedido en Extremadura, Madrid, Navarra y Vascongadas. Estas últimas provincias han tenido crecimientos muy elevados, aunque por partir de tasas no muy altas aún no han alcanzado las cotas escandalosas de ciertas zonas (12). También se puede afirmar que aquellas regiones con industrias situadas en los sectores de energía y transformación se han situado relativamente mejor que aquellas con predominio de la industria básica. En cuanto a la estructura agraria hay que señalar que la España minifundista se ve lógicamente menos afectada que la España latifundista, por la muy fuerte incidencia en esta última del número de asalariados o jornaleros sin tierra.

I.3. ANDALUCÍA. LOS JORNALEROS SIN TIERRA

Entre 1960-65, de un total de 765 municipios andaluces, 655, es decir, casi el 86 por 100, han perdido población en términos absolutos en los años contemplados. A excepción de las capitales de provincia y de los municipios colindantes y de algunas zonas con un desarrollo industrial o turístico atípico, Andalucía ha pagado con la emigración y el envejecimiento la factura del crecimiento económico español y europeo de los años 60, cumpliendo el rol de proveedora *periférica* de fuerza de trabajo para el crecimiento industrial de los *centros* nacionales y europeos. Las direcciones de los movimientos migratorios (área metropolitana de Barcelona, Madrid, País Vasco y Europa Occidental) señalan los circuitos de dependencia.

Hemos observado la evolución para Andalucía de las tasas de actividad y de paro. Junto con Extremadura, nuestra región es la que mayores cotas de desempleo ha alcanzado en los últimos tiempos, si bien es cierto

(12) Así, al cuarto trimestre de 1980 las provincias españolas que más paro sufren son: Cádiz (26,5 por 100 de su P.A.); seguida de Granada (20,4 por 100), Málaga (19,2 por 100) y Badajoz (18 por 100). Tomado de *Cambio* 16, núm. 486. 23-III-1981.

que el ritmo de crecimiento del paro es menor que en otras regiones (las más ricas, en general) cuya situación de partida era mucho más favorable.

Dotada de una estructura productiva más volcada hacia el sector primario, en Andalucía presenta una especial virulencia el problema del paro agrícola. Al él nos vamos a referir, con la óptica del análisis de un «caso», en este apartado.

Todos hemos oído, seguramente, que en agosto del año pasado, 800 vecinos (la casi totalidad) de Marinaleda, un pequeño pueblo de la provincia de Sevilla estuvieron más de una semana en huelga de hambre para protestar por la falta de trabajo y la escasez de subsidios oficiales y para pedir una solución de fondo al problema del paro agrícola en Andalucía. Otros pueblos sevillanos se sumaron a aquella singular iniciativa. ¿Folklore andaluz, una vez más? ¿Remembranza de la famosa Fuenteovejuna medieval (inmortalizada por Lope de Vega) en que un pueblo entero («todos a una») se hace responsable de haber liquidado al comendador real? El hecho es que el problema se puede agudizar el próximo verano, debido a la sequía que ha asolado buena parte de los campos del Sur de España. Y el colectivo más importante que se verá afectado es el de los jornaleros sin tierra.

Hablar del proletariado rural, de *los jornaleros sin tierra*, obliga a referirse al Sur de España. Hay un peso preponderante de dichos jornaleros en el empleo agrícola del Sur de España y más en particular de Andalucía, donde en seis de sus ocho provincias más del 60 por 100 de los empleos agrícolas son de este tipo. Y en las provincias occidentales (Cádiz Huelva, Sevilla y Córdoba) más del 80 por 100 de la población activa agraria está compuesta por asalariados agrícolas.

Lógicamente, esta especial característica del empleo agrario en Andalucía, tiene su origen en la estructura de las explotaciones y de la propiedad de la tierra. Aunque es muy cierto que en Andalucía también existe un gran dualismo gran explotación-pequeña explotación (más de 265.000 explotaciones andaluzas, sobre un total de 400.000, poseen menos de cinco hectáreas), es innegable el peso relativo preponderante de las grandes explotaciones, sobre todo en las provincias occidentales.

En cuanto a las fincas privadas de más de 500 hectáreas, hay una localización masiva de estas explotaciones en el Sur del país.

El problema de los jornaleros sin tierra se agrava por su *composición interna en obreros fijos y eventuales*. Según un reciente estudio de la Junta de Andalucía a finales de 1978 sólo 27.718 jornaleros andaluces (el 9 por 100 del total) tenían trabajo fijo en las explotaciones. El 91 por 100 restante, es decir, más de 300.000 campesinos sin tierra, trabajaban en faenas eventuales con enormes huecos de paro estacional. Esta situación es la que origina los actuales estallidos de protesta, las ocupaciones de fincas (más o menos simbólicas cada vez menos).

Salta a la vista también el enorme problema que implica la estacionalidad agraria que, sobre todo en los meses de verano, alcanza niveles de gravedad altísimos, con el consiguiente incremento de la conflictividad social, de larga tradición histórica en la región.

Esta estacionalidad tan acusada de la demanda de fuerza de trabajo en Andalucía se explica, fundamentalmente, por los *cultivos predominantes en la región* y por la inevitable evolución creciente de la mecanización y tecnificación de las faenas agrícolas.

En efecto, los cultivos que componen la llamada «trilogía mediterránea» (trigo, olivar y viña) ocupan en la actualidad unos dos millones de hectáreas, sobre un total de 4,1 millones de hectáreas cultivadas en la región, es decir, prácticamente el 50 por 100. Sólo el *olivar* supone más del 30 por 100 del total de la superficie cultivada (con más de 1,2 millones de hectáreas), adoptando características evidentes de monocultivo en enormes zonas de Andalucía. Ahora bien, el olivar en contra de una extendida opinión que lo califica de «cultivo social» porque ocuparía mucha mano de obra, genera mucho más paro que empleo, por la considerable estacionalidad de sus requerimientos en fuerza de trabajo.

Por su parte, la *viña*, menos importante en extensión (120.000 hectáreas) participa de características similares en cuanto a la estacionalidad del empleo se refiere. Por último, el *trigo*, cultivo mediterráneo-básico, ocupa más de 600.000 hectáreas en Andalucía (incluso en regadío), lo que representa aproximadamente un 15 por 100 de la superficie cultivada. Y los cereales en conjunto, incluido el trigo, suponen casi un millón de hectáreas, es decir, algo menos del 25 por 100 de la superficie cultivada andaluza. Ni que decir tiene que la mecanización integral de estos cultivos implica la muy escasa utilización de mano de obra de los mismos.

Y llegamos así al segundo aspecto responsable de la estacionalidad y escasez de la demanda de fuerza de trabajo en la agricultura andaluza: la *mecanización*. Es este un proceso que ha ido en aumento y que puede considerarse como irreversible a pesar de la lógica oposición de algún sindicato de jornaleros que, para determinadas faenas agrícolas (por ejemplo, recogida de la aceituna, del algodón, de la remolacha) propugnan una ralentización del uso de las máquinas. Piénsese al respecto que en la campaña pasada se llegó incluso a un acuerdo a tres bandas (Gobierno, empresarios y jornaleros) para frenar la mecanización de la recogida del algodón, financiando la Administración el coste diferencial que representa para el empresario la recogida manual frente a la mecánica.

Esta es la situación actual, a la que se ha llegado tras un proceso *muy rápido de disminución de la fuerza de trabajo agrario* en España y Andalucía, siguiendo la dinámica propia de los clásicos esquemas de desarrollo industrial. Tanto la importancia relativa de la producción agraria sobre la total como la de la población activa agraria han descendido muy rápidamente, en particular a partir de 1960 en que España inicia una etapa de rápido (y desigual) crecimiento.

Esta evolución se ha realizado al enorme coste de una emigración masiva (éxodo agrario y rural a un tiempo): Andalucía, cuya población actual se sitúa en torno a los seis millones de habitantes, ha tenido entre 1955 y 1975 un saldo migratorio neto negativo de 1.400.000 personas. En el sector agrario, esta emigración ha afectado de manera especial al colectivo de las ayudas familiares, lo que ha conducido a un crecimiento relativo del peso de los asalariados sobre la población activa total.

Lógicamente, este descenso del empleo agrario ha sido posible gracias a la mecanización y tecnificación de las faenas agrícolas y a la capacidad de absorción de los centros hegemónicos que constituyen los núcleos industrializados de España (el triángulo noreste) y de Europa.

Estos son los datos del problema. Y, volviendo al comienzo de nuestro texto, las consecuencias humanas y sociales de la situación de los jornaleros del campo son difíciles de plasmar en los fríos datos de las estadísticas. Decenas de miles de familias viven en una permanente inseguridad, en una alternancia itinerante de empleo y paro, viviendo largas temporadas (sobre todo durante los meses de julio, agosto y septiembre) a base de «créditos» en las tiendas de comestibles del pueblo, o de los fondos vergonzantes del «empleo comunitario». Se llega en ocasiones al hambre física, a la subalimentación; no deja de ser casi trágico (ironía de las situaciones límite) que con su «huelga de hambre», los vecinos de Marinaleda y de otros pueblos andaluces protesten contra esa otra hambre, como indicábamos al comienzo.

A todo ello hemos de añadir el enorme número de muy pequeñas explotaciones andaluzas (265.000 tienen menos de cinco hectáreas), cuya marginalidad es evidente. Sus titulares en la práctica sólo subsisten en buena parte merced al desarrollo de la agricultura a tiempo parcial y a la emigración de miembros de la familia. De suyo puede decirse que este colectivo forma parte del proletariado rural, de los campesinos sin tierra. Su situación de marginalidad, ya presente, se verá agudizada al extremo al no poder en absoluto competir en sus producciones, ni en productividad, ni en precio, con las europeas.

Es difícil, pues, no ser pesimista sobre el futuro de este numeroso proletariado agrario andaluz (que podríamos cifrar en torno a los 500.000 trabajadores, teniendo en cuenta a los jornaleros sin tierra y a muchos de los muy pequeños propietarios).

II. ACTITUDES Y OPINIONES ANTE EL PARO

Puede decirse que el paro es un fenómeno que no afecta por igual a todos los que se encuentran sin empleo o, incluso cabe afirmar que tiene sus repercusiones en personas que se encuentran en una situación normal de trabajo.

Con ello queremos decir que el paro es, como fenómeno social, algo

más que las cifras que lo cuantifican. Se impone, por tanto, una valoración cuantitativa de lo que significa estar parado o vivir en una sociedad con un creciente porcentaje de desempleados y escasas perspectivas de que la situación invierta su tendencia.

II.1. LA CEE (13)

De los 198 millones de adultos de la CEE en 1978 aproximadamente la mitad han vivido de cerca lo que el paro significa. Un 36 por 100 (más de uno de cada tres) conocen personas de su ambiente familiar o de amigos que se han encontrado en paro en los tres años anteriores. Otro 13 por 100 han vivido en propia carne el paro, en total casi 26 millones de adultos.

Ante la conciencia generalizada del problema, las expectativas no pueden ser muy optimistas. Por eso un 66 por 100 de la población encuestada considera escasas las posibilidades de encontrar trabajo en la región en que viven. Y un 21 por 100 no descarta la posibilidad de encontrar dificultades de empleo a dos años vista. Esta inseguridad sobre el propio trabajo es más acusada entre las mujeres, pero sobre todo alcanza cotas cercanas al 50 por 100 entre los jóvenes menos de veinticinco años.

Esta mayor inseguridad de las mujeres y los jóvenes que tiene una justificación a tenor de las cifras de paro actual, arriba analizadas, sugiere un análisis más detenido de sus causas. En la encuesta citada se pedían las dos razones que se consideraban más importantes para explicar este fenómeno.

Respecto al paro femenino las causas que más se repiten son, por este orden:

1.º Una menor formación profesional de la mujer (45 por 100 de respuestas en total): aparece como la primera razón en el Reino Unido, Irlanda, Holanda y Francia.

2.º Las industrias que emplean más mano de obra femenina son las que se encuentran en mayores dificultades (42 por 100: Italia y Luxemburgo son las que más subrayan esta causa).

3.º Las empresas tienen menos dificultad en despedir mujeres que hombres (40 por 100): Dinamarca subraya especialmente esta causa. A nivel global, las mujeres menores de veinticinco años destacan mucho esta circunstancia.

(13) CEE: *Chômage et recherche d'un emploi: attitudes et opinions des publics européens. Résultats et analyses d'une enquête par sondage dans les pays de la Communauté européenne en mai-juin 1978*, Bruxelles, 1979, 85 pp. (Núm. de encuestas: 9.118). Estudio realizado por ocho institutos especializados miembros del «European Omnibus Survey», financiado por la Comisión de las Comunidades Europeas.

4.º) Para la mujer es casi igual trabajar que cobrar el subsidio de desempleo (31 por 100), razón que en Bélgica se cita con una frecuencia insistentemente alta.

Por lo que atañe al paro juvenil, he aquí las causas que más se aducen:

1.º) Las empresas prefieren contratar a los asalariados de más experiencia, que no son precisamente los más jóvenes. Esta es con mucho la causa más citada (61 por 100), todos los países la ponen en primer término sin excepción.

2.º) Las empresas se resisten hoy a aumentar sus plantillas (44 por 100): son los cuadros superiores los que más citan esta razón.

3.º) Los jóvenes no desean los puestos de trabajo que se les ofrecen (39 por 100): aquí son las personas de más edad los que más insisten.

4.º) Los jóvenes llegan al mercado de trabajo con una formación insuficiente (39 por 100): en el Reino Unido esta causa es aducida con especial frecuencia.

Es natural que en una coyuntura de paro abundante determinadas prácticas, normalmente aceptadas, no gocen de buena prensa. Nos referimos a las horas extras pagadas, al pluriempleo o al llamado «trabajo subterráneo». El 38 por 100 de la población adulta comunitaria rechaza las horas extras pagadas; el 43 por 100 rechaza el trabajo subterráneo; el 65 por 100 el pluriempleo. Sin embargo, es generalizada la conciencia sobre la frecuencia de estas prácticas, sobre todo en Italia, país que es precisamente de los que más las rechazan.

Por eso no es explicable que al someter al juicio de los encuestados una serie de consejos que se podrían dar a los parados, éstos rechazan en primer lugar un trabajo subterráneo libre de impuestos y cargas sociales. También rechazan las posturas maximalistas como la de no trabajar antes que aceptar un trabajo poco satisfactorio.

Las más recompensadas son las posturas flexibles (aprender otro oficio, reducir las exigencias, irse a otra ciudad—por este orden—), lo cual es síntoma de una conciencia que se va generalizando: la gravedad del problema a nivel social y los inconvenientes que conlleva el estar en paro.

Al evaluar las consecuencias personales y familiares del paro las respuestas apuntan en primer lugar a la falta de ingresos (uno de cada dos encuestados lo ponen entre las dos consecuencias peores del paro). Pero también se alude a otros perjuicios no estrictamente financieros y más bien de orden psicológico y familiar: la pérdida de confianza en sí mismo (35 por 100), las dificultades familiares (32 por 100), la preocupación por el futuro (32 por 100), la inactividad y el aburrimiento (21 por 100), esta última más frecuentemente señalada por los encuestados que se encontraban en ese momento parados.

II.2. ESPAÑA (14)

No disponemos de un estudio específico sobre el tema. Pero los datos existentes a partir de encuestas con objetivos distintos confirman en gran parte lo dicho para la CEE.

Por ejemplo, la encuesta del FIES sobre opiniones de los consumidores españoles que se viene realizando desde 1975 (en la actualidad, tres veces al año) pone de manifiesto la tendencia decreciente del llamado «índice del sentimiento del consumidor». Este pesimismo se basa en la conciencia de los problemas que nos acosan. Entre ellos, el primero es el paro. El segundo lugar lo ocupa la inflación: a pesar de que sus efectos son más generalizados para el consumidor (de hecho ocupó el primer puesto en 1975 y 1976) va perdiendo importancia progresivamente en relación con el paro. Los puestos tercero y cuarto son ocupados además por dos problemas que tienen no poco que ver con el paro: son la delincuencia y el cierre de fábricas.

El avance espectacular y continuo de las cifras del desempleo en España explica bien este sentimiento del consumidor. En cuatro años se ha doblado la proporción de familias con muchos amigos o conocidos sin trabajo; pues bien, en ese mismo período el número de parados se ha multiplicado por 2,2. Y no es sólo la percepción del paro: aumentan también las expectativas sobre el mismo. Este índice de expectativas ha crecido desde 1976, con una fase de estancamiento o leve recuperación a lo largo de 1978. En el cuarto trimestre de 1980, el 77 por 100 de las familias piensan que el paro aumentará en los próximos meses.

Naturalmente estas expectativas inciden sobre el grado de seguridad que cada uno tiene en relación con su propio puesto de trabajo. En efecto, entre los cabezas de familia el temor a perder el puesto de trabajo pasa de un 15 por 100 a un 23 por 100 a lo largo de 1980.

Esta inseguridad ha crecido en forma desigual en los distintos grupos sociales, afectando de modo especial a algunos bien determinados: los obreros cualificados, los casados sin hijos, las familias con ingresos medios o bajos. Esta circunstancia es especialmente grave porque significa que el temor se generaliza en un nuevo segmento de la población trabajadora: los obreros industriales. También este dato queda confirmado por la Encuesta de Población Activa.

II.3. ANDALUCÍA (15)

Ya hemos indicado que el paro se ha cebado especialmente en la región andaluza. Pues bien, para ella disponemos también de un estudio

(14) *España*: F. ALVIRA, J. GARCÍA LÓPEZ, «Los españoles y la economía de los ochenta», *Papeles de Economía Española*, núm. 6 (1981), pp. 109-149. (Número de encuestas: 1.208).

(15) *Andalucía*: E.D.I.S., *Estudio sobre la problemática del paro en Andalucía*, Madrid, Fundación Friedrich Ebert, 1979, pp. 441-580. (Núm. de encuestas: 1.200.)

específico sobre actitudes y opiniones ante el paro, realizada en junio de 1979.

Aunque sabemos que, de entonces para acá, el paro ha seguido aumentando, ya entonces uno de cada tres andaluces mayores de dieciséis años había estado o estaba parado, porcentaje que se elevaba a uno de cada dos entre los obreros cualificados y sin cualificar. Según los datos de la encuesta sólo un 55,3 por 100 trabajaba en ese momento con un contrato fijo; un 27,4 por 100 tenía un trabajo ocasional o de temporero, y del 17,3 por 100 en paro más de la mitad (9,7 por 100) no cobraba subsidio de desempleo.

Conviene destacar también que la experiencia de paro (pasado o presente) era más frecuente a medida que descendía la edad de los encuestados (con excepción de los jóvenes entre dieciséis y veinte años). También hay una clara correlación entre experiencia de paro y voto a partidos de izquierda en las elecciones municipales de 1979.

Cuatro actitudes ante el paro se ofrecieron a los encuestados para que éstos indicaran cuál les parecía más oportuna y eficaz. Estas son las respuestas:

— Tener paciencia, resignarse	8,1 %
— Buscar trabajo, ocuparse en algo	44,6 %
— Agruparse con otros, crear tensiones	43,3 %
— Llegar a la violencia	4,0 %

Como se ve predominan las posturas menos extremas, pero cabe apuntar que el recurso a la violencia (12,4 por 100) y la resignación (15,2 por 100) son más frecuentes entre los que se encontraban parados en aquel momento. Las posturas de grupo («Agruparse...») frente a las individuales («Buscar trabajo...») crecen con el nivel de estudios, el voto a la izquierda y la menor edad.

Existe una conciencia bastante generalizada de que la coincidencia de un paro creciente y un régimen político democrático es puramente temporal. Entre las causas a que los encuestados achacan el paro las estrictamente políticas (falta de interés del Gobierno por Andalucía, falta de interés de los partidos por Andalucía) ocupan un puesto poco relevante (10,2 por 100) frente a las económicas (78,2 por 100). Entre estas se citan: porque apenas hay industria, porque los que tienen el dinero no lo invierten aquí, porque el campo está sin explotar, porque los capitalistas no quieren renunciar a fuertes beneficios. En cambio los tópicos tantas veces escuchados a propósito de Andalucía (es una región pobre, a la gente no le gusta el trabajo) sólo se citan en un 6,2 por 100 de las respuestas.

A la hora de enumerar quiénes son los principales responsables de la situación las preferencias se orientan en una notable mayoría hacia el Gobierno (39,3 por 100), mientras que otros grupos sociales son acusados

como causantes con menor frecuencia: entre ellos habría que destacar los caciques (17,9 por 100) y los empresarios (10,3 por 100). Un 23 por 100 no se atreve a apuntar respuesta alguna.

Estas opiniones sobre las causas del paro ayudan a comprender mejor cuál es el sentir de la población andaluza sobre la grave coyuntura por la que atraviesa. Es clara la conciencia de la marginación económica a que ha sido sometida Andalucía en los años del llamado «milagro económico español», cuyas consecuencias son ahora incuestionables. Esto explicaría el sentido específico que adquiere el sentimiento regionalista en Andalucía: no tanto basado en unas raíces históricas identificables, sino como reacción defensiva frente a una marginación económica que dura ya varias décadas. En esta línea, quizá la conciencia de que la crisis es general y de amplio alcance aparece menos en el Sur de España.

Para completar esta visión cualitativa sobre el paro es importante estudiar las opiniones sobre los efectos del mismo a nivel personal y familiar. A este respecto la encuesta suministra datos abundantes que vamos a sintetizar en las páginas que siguen. A cinco pueden reducirse los efectos negativos del paro.

1.º) *Efectos negativos sobre el comportamiento personal*

Un 63 por 100 de la población encuestada percibe este tipo de efectos, porcentaje que se eleva a un 76 por 100 cuando se contempla sólo al grupo de encuestados que estaban en ese momento en paro.

Entre los síndromes que se constatan en un 46 por 100 de los casos se apunta a la frustración personal (sentimiento de inutilidad, irritabilidad manifiesta). Este síndrome es subrayado con más frecuencia precisamente por las personas en paro. Le sigue (40 por 100) la depresión psicológica cuyas manifestaciones más comunes son la apatía, la tristeza, la ansiedad y la angustia. Se citan también, aunque en porcentajes muy inferiores, los trastornos en la salud y las actitudes de evasión e irresponsabilidad.

2.º) *Disminución del nivel de vida familiar*

También en este caso es más frecuente la percepción del problema por parte de los parados mismos (77 por 100) que por parte de la población encuestada en general (59 por 100). Y se constata principalmente a dos niveles: los que reconocen esta problemática aluden en un 42 por 100 de los casos a dificultades en el pago de la vivienda (letas, alquiler) o pagos de la casa (luz, agua, etc.), y en un 31 por 100 de las respuestas disminución de la calidad de la alimentación familiar o dificultades de vestido. Es notable el escaso porcentaje que cita la restricción de actividades recreativas o culturales y la necesidad de prescindir de algunos bienes de consumo duradero (coche, por ejemplo). ¿Puede ser ello indicio del bajo nivel de vida de que ya disfrutaban estas familias azotadas después con el paro?

3.º) *Tensiones y conflictos familiares*

En este caso son los que han estado parados antes los más sensibles (70 por 100), mientras que los entonces parados lo confiesan menos (64 por 100). El grado de percepción global del problema se eleva al 62 por 100 de los encuestados.

Estas tensiones se sitúan en primer lugar al nivel de dificultades de relación y convivencia entre los cónyuges (54 por 100 de las respuestas positivas). Le siguen los conflictos con los hijos y las dificultades para la educación (23 por 100). En otros casos estas dificultades familiares se manifiestan en la necesidad de separarse por un tiempo más o menos largo del núcleo familiar o de hacer trabajar a los hijos menores (18 por 100). Es claro, por tanto, que el paro, sobre todo si es prolongado, afecta negativamente a la convivencia familiar, lo que sin duda tiene relación con el sentimiento de frustración o la irritabilidad a que se aludía al tratar de los problemas personales.

4.º) *Conductas desviadas*

Aunque este tipo de conducta afecta también al nivel personal del individuo lo destacamos como capítulo aparte por tratarse de actitudes de clara repercusión social. Y es curioso constatar cómo en este caso los que estaban parados al responder a la encuesta son menos sensibles a reconocer el problema (¿dificultad para confesarlo?): son sólo un 56 por 100, mientras que el porcentaje global es del 57 por 100 y el de los que en otro tiempo estuvieron parados se eleva al 66 por 100.

Entre estas conductas desviadas las citadas con mayor frecuencia son las toxicomanías (alcohol, sobre todo, pero también drogas) y la degradación de la persona, en particular mediante la prostitución (42 por 100). Le siguen los comportamientos delictivos, especificando su mayor frecuencia entre los jóvenes (28 por 100). Y se apuntan además otras conductas agresivas que no llegan a traspasar la frontera de la delincuencia (23 por 100). Aunque a mucha distancia se cita por último la radicalización de las actitudes sociopolíticas (6 por 100).

5.º) *Marginación social*

Bajo esta denominación se entiende toda «situación que coloca a un individuo o colectivo en inferioridad respecto a las condiciones normales de vida y participación del resto de ciudadanos y colectivo en el seno de una determinada sociedad».

Reconocen que esta situación se da entre los parados un 54 por 100 de la población encuestada, mientras que el porcentaje se eleva a un 61 por 100 entre los que han estado en otro tiempo sin empleo.